

La Unión Soviética que yo conocí



Delia Proenza Barzaga

Como mismo quedó pasmada cierta vez al notar los movimientos pélvicos en el baile de una cubana de nuestro grupo, Verónica Nikolaevna Kulipánova, nuestra excelsa profesora de Historia del PCUS, se habría espantado al saberlo. Muerta como está, no tuvo que sufrir la decepción: en Sochi, durante el XIX Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes, al que decía *tavarish*, más por caducidad que por casualidad, lo miraban de reojo. "Sir, así era como se trataba a todos", me advierte la colega que habló de primera mano con varios delegados a la cita.

Pero sí Kulipánova, *partizanka* (combatiente clandestina) durante la Gran Guerra Patria, viviera en estos tiempos, también le habría dado un patatús al escuchar a Vladimir Putin, el Presidente del país más cercano a la Unión Soviética que yo conocí, decir que los errores del pasado no podían repetirse. Aludía no a errores cualquiera, sino a los relativos a Josef Stalin y sus ya para nada secretas ejecuciones a quienes traicionaban.

No conocí a Stalin, pero de haberlo hecho seguramente le habría estrechado la mano y agradecido en nombre de la humanidad, no por lo que hizo y la respetable profesora no nos contó, sino por lo que hizo y sí sabíamos todos: contener, apoyado en una excelente estrategia de guerra, al ejército nazi de Adolf Hitler y salvar al mundo de una hecatombe mayor a la que vivieron los antepasados de quienes habitan hoy todas aquellas repúblicas, entonces unidas, e incluso otras naciones europeas. Hablo de Stalin como símbolo del

poderío que dio la victoria a los soviéticos, no con varitas mágicas, sino con las entrañas entregadas en cada puesto de combate o de la retaguardia.

Que se estaba desmoronando el estado multinacional, eso lo percibí durante unos pocos días en Moscú en 1986, tres años después de graduada. Pero entonces, aferrada a la idea de que no era posible que algo tan grande se deshiciera ante los ojos del mundo, no interpreté las señales. Ella, la veterana profesora, junto a una poesía de Alexander Pushkin nombrada como yo, me envió aquella valoración lapidaria: "Tendrán que pasar lo menos siete décadas para que la URSS vuelva a reconfigurarse. Esto es algo terrible", me escribía en la postal.

Sucediera lo que sucediera, nunca podré obviar en mis recuerdos los años vividos en la primera nación socialista del mundo, aquella cuyas manchas no vimos o preferimos ignorar ante el esplendor de una economía muy por encima de la nuestra, con libre mercado, enseñanza gratuita, acceso a los servicios médicos sin pagos mediante y mucha calidez hacia los provenientes de la isla de Fidel Castro.

No se muerde la mano que te alimenta, por eso prefiero pensar en la caída del socialismo en la URSS que nos acogió como una estratagema en la que no todos fueron responsables. De aclarar, por anticipado, que nada es casualidad, se encargaría el propio Vladimir Ilich Lenin, quien, de vivir, apuntaría a los errores de este, de aquel y de las masas populares y escribiría otro texto de trascendencia épica, al estilo de *Un paso adelante, dos pasos atrás*. Pero no se quedaría en el análisis, sino que trazaría un camino para los bolcheviques, ahora probablemente con otro nombre, pues ya, también probablemente, no serían el sector mayoritario.

Días atrás, en uno de sus mensajes electrónicos, mi tutora de cuarto año en la tesis de Idioma Ruso, la querida Tatiana Antónovna Yáschenko me comentaba la preocupación con que siguieron desde allá

la trayectoria de los huracanes Irma y María. Leí con avidez los pasajes sobre su vida y supe que no fue el azar lo que nos juntó allí y en aquel 1978.

Un padre periodista que indagaba en temas de trascendencia mundial y ella misma aprendiendo español mucho antes de conocernos, por simpatía con los ibéricos que enfrentaban a Franco, no pueden ser sino causalidades. Así que la tengo, aunque no nos veamos, como tengo a Natasha desde hace tantos años, como tendré, de seguro, a otros en quienes pienso con frecuencia, Irina Udóvik, por ejemplo, o alguna amiga polaca, africana, india o laosiana; o algún amigo cisjordano, tanzano, senegalés, sirio o iraquí. Son todas personas de mirada noble, alma limpia, sentimientos sanos.

Y, aunque en las viejas fotos se respira aún el frío que algunas veces nos hizo tiritar, vivas están las sensaciones y vivos siguen los recuerdos. Nosotros éramos los primeros cubanos en la ciudad de Simferópol. Ellos, los primeros profesores o los primeros

compañeros de cubanos, quienes nos conocieron, toleraron, respetaron e, incluso, amaron, según el caso.

Crea o no en lágrimas Moscú, se canten o no sus noches en las fiestas, recítense o no los versos de Pushkin, léanse o no las obras clásicas de la literatura rusa, soviética y universal; tómense o no el vodka y el té, dígame o no *tavarish*, seguiré amando a la URSS que conocí. Si las glorias palidecen me aferro al pasado, pues tiene mucho menos de oprobioso que otros pasados de quienes signan el presente.

Y no tengo que nacer en isla o país diferente para soñarme un quinquenio más dorado que aquel de juventud y otoños compartidos, porque, desperdigado por el mundo en muchos rayos, el haz de luces sigue iluminando. Y todo eso gracias a la Revolución de Octubre, gracias a una URSS que, para pesar nuestro y de la profe Kulipánova, se cayó y podría ser otra vez o no volver a ser jamás.

Publicado originalmente en *CubaCaní*, blog personal de la autora.



Con nombres extranjeros

Gennosuke Kouga y Oboro Iga, líderes de rivales clanes *ninja*, solo quieren acabar con las rencillas entre sus familiares y amarse en paz. Así, con este gancho del *anime* japonés *Basilisk*, ver los 24 capítulos de una única temporada será como la lucha por el primer lugar en una carrera de los 100 metros planos, aunque el final sea al estilo del clásico de la literatura universal *Romeo y Julieta*.

Los ejemplos sobran en relación con el consumo de materiales audiovisuales extranjeros por parte de adolescentes y jóvenes. ¿Las razones? Son varias: gustos e intereses particulares de cada quien, modas e influencias grupales o, incluso, por la competencia desigual que se establece con los programas de factura cubana.

El acceso es tan simple y conocido que hasta pareciera repetitivo hablar de él, de USB en USB (memorias flash) y de USB a discos duros externos. Con estos dispositivos en mano llegan contenidos de diversas latitudes e influyen en el gusto.

El Paquete semanal es

una de las vías por las que se conocen y distribuyen las más disímiles propuestas, solo una ínfima parte proviene de la programación de los canales televisivos cubanos. Las temáticas van desde los dramas asiáticos (*K-doramas*, *J-doramas*) y animes salidos de los mangas japoneses; las telenovelas turcas, colombianas, brasileñas, mexicanas; los *reality shows* en España, Estados Unidos y países latinoamericanos; los documentales, series y películas del mundo anglófono; los consejos de belleza presentados por *youtubers* y varios etcéteras.

En este orbe globalizado influyen en demasía algunos países en otros, sobre todo de quienes como industrias culturales internacionalizan con mayor efectividad y atractivo sus mensajes, y no lo digo yo, desde el pasado siglo se estudian los flujos productivos de las instituciones mediáticas.

La mayoría de los productos hiperbolizan la apariencia física con modelos de belleza al estilo de la muñeca Barbie y acrecientan la banalidad, el machismo, la

violencia y la homogeneización de patrones de consumo, fórmulas conocidas de los conglomerados de las comunicaciones para acercarse a las audiencias. Efectos que, si no encuentran un receptor activo y crítico, con argumentos suficientes para saber hasta qué punto se es blanco de la persuasión, logran sedimentar poco a poco sus intereses.

En esta cartera de opciones triviales las narcoseries ocupan un punto máximo, algunas tan conocidas como *El Capo*, *La viuda negra*, *La reina del sur*, y hasta *El señor de los cielos* que va por su sexta temporada. Cada quien escoge lo que en su casa quiere ver, eso no puede imponerse, pero está clarísimo que la idealización de los cabecillas del narcotráfico como personas que no tuvieron otra "salida" en sociedades tan poco equitativas está a millones de años luz de distancia y del lado opuesto de lo que como país construimos.

Como en toda regla hay sus excepciones, los materiales extranjeros también pueden acercar la realidad de otras regiones del mundo, ya sea con

el conocimiento de la geografía, la historia, las tradiciones, los valores y los modos de vida. Lo mismo se "descubren" las vivencias de la dinastía Joseon en la lejana Corea que se recorren vastos territorios de África y Oceanía tras las pistas de la vida animal, se conocen lugares recónditos y datos interesantes de la historia universal o se diversifica al fin y al cabo el espectro más allá de nuestras narices, y no solo en el contexto de la cultura occidental. Vale destacar, asimismo, la excelente factura en términos tecnológicos y la elaboración de subtramas en no pocas series, donde se aprecia el trabajo creativo y conjunto entre los realizadores.

La producción nacional lleva las de perder en la balanza por las preferencias audiovisuales. ¿Acaso es tan aburrida que los jóvenes la desechan desde el primer instante? No pongo la mano en la candela por la mayoría de nuestros programas, pero sí por la serie *Zoológico*, recientemente transmitida por el canal *Multivisión*, y que llegó antes a través del Paquete. Obra



Lauris Henriquez Arocha

perfectible al fin y al cabo, como toda creación humana, pero que mostró que con un buen guion se logra un producto audiovisual con resultados aceptables en su construcción dramática y de personajes.

Conflictos, temores, sueños y un final esperanzador para sus protagonistas entretejen 45 capítulos. Idea televisiva que me hace recordar también las historias de mi padre sobre la popularidad del espacio de *Aventuras* cuando solo había dos canales en nuestra televisión, las telenovelas *Enigma de un verano* y *Coco verde* a inicios de los años 2000, y el más reciente *Mucho ruido*.

Sin que parezca pie forzado la mayor parte del consumo audiovisual en adolescentes y jóvenes viene hoy con nombres extranjeros, incluso con algunos más complejos que Gennosuke Kouga y Oboro Iga.